

Carta de Argentina

País ajeno

Jorge Andrade

Argentina se mueve hoy entre una amenaza y una claudicación, dos variables de control que pueden poner en riesgo la sensatez de los comportamientos macroeconómicos del país. George Soros, el misterioso personaje de las finanzas internacionales, gran inversor en Argentina, de quien nadie puede asegurar si se trata de un guru de la economía, de un especulador o de un filántropo, pronunció una frase de apenas cuatro palabras: «El peso está sobrevaluado» y el país entero tembló. Todos recordaron su ataque a la libra esterlina, que él desmiente, y que precipitó la salida de la moneda británica del sistema monetario europeo; y su participación en la crisis que obligó a Boris Yeltsin a decretar la moratoria unilateral de la deuda rusa, lo que también desmiente.

Hubo una declaración anterior, tal vez más espectacular que la de Soros, que no produjo ni con mucho tanta conmoción porque las figuras que la emitieron no tienen el encanto contradictorio de los aventureros internacionales. Son los burócratas grises que hoy administran la economía de un país, la Argentina, con la visión de estadista que puede tener el contable de una tienda de barrio. Proponen abolir el peso, la moneda nacional, y reemplazarla por el dólar.

Los defensores de la dolarización, algo muy distinto a la adopción de una moneda única, sostienen que la principal virtud de esa medida sería la de eliminar el «riesgo país» (que obliga a retribuir al dinero con intereses mucho más elevados que los que pagan los países considerados seguros) al cancelar el riesgo cambiario, lo que atraería a los capitales internacionales y bajaría las tasas de interés. Los críticos, que son la mayoría de los economistas que tienen oportunidad de dar a conocer su opinión, aseguran que esa es una esperanza ilusoria, ya que el riesgo país depende sólo parcialmente de la variable cambiaria, siendo otros componentes decisivos la relación de la deuda con el producto bruto interno y con las exportaciones, es decir con la capacidad de pago pública y privada, así como con la estabilidad del sistema financiero, medido por la calidad de la cartera de préstamos en relación con los depósitos bancarios, y no ven cómo la dolarización podría mejorar estos índices. Antes bien los empeoraría, como ha señalado

alguno de ellos, ya que siendo los precios relativos desfavorables para Argentina (su costo interno es alto) se produciría una fuga de dólares, vía importaciones, hacia el país con precios menores, Estados Unidos, dando no sólo lugar a un deterioro de la balanza comercial sino a una contracción de la masa monetaria circulante. El déficit presupuestario y la deflación resultantes conducirían a una recesión. Y por si todo esto fuera poco, Jeffrey Sachs, economista estrella de Harvard y uno de los más prestigiosos consultores internacionales, recordó que el uso exclusivo del dólar dejaría al sistema bancario argentino sin su prestamista de última instancia, el Banco Central (equivalente del Banco de España), responsabilidad de la que duda mucho que acepte hacerse cargo la Reserva Federal norteamericana.

La propuesta, que el presidente Menem abrazó calurosamente quizá sin entenderla, como podría haber abrazado la contraria si esperara de ella el efecto de cortina de humo que encubriera las dificultades del fin de su mandato y le permitiera ganar tiempo de maniobra, proviene del directo entorno presidencial, aunque uno de sus valedores más entusiastas es un funcionario autónomo, el presidente del Banco Central, Pedro Pou, hoy procesado judicialmente y acusado de maniobras dolosas para favorecer a un banquero en quiebra próximo al poder. Se trata de una idea que además de consecuencias económico-financieras tiene un alto valor simbólico, ya que la moneda es uno de los signos externos de la soberanía de un país. Lo que no obsta para que la dolarización cuente también con la complacencia del ministro de economía, Roque Fernández. El señor Roque Fernández es el mismo que un año atrás, en ocasión de oponerse a las reivindicaciones presupuestarias de la educación superior, dijo que destinar fondos a la universidad nacional era desperdiciar el dinero porque ésta no valía para nada. Él se precia de haber estudiado en Chicago, cuna teórica del neoliberalismo acaudillado por Milton Friedman, que aplican mucho más ortodoxamente los discípulos subdesarrollados en sus suburbios que los maestros en las metrópolis. Lo que el ministro no dijo es que lo que cursó en la Universidad de Chicago fue un postgrado y que tuvo acceso a él gracias al grado y la preparación que obtuvo en la universidad nacional, gratuita y laica de su país.

También defiende la abolición del peso el viceministro de economía, señor Pablo Guidotti, se supone que por disciplina política, pero sobre todo por convicción ya que, llevando el fundamentalismo antinacionalista al extremo, ha declarado en estos días a un diario de amplia tirada que, en caso de que se produjera un ataque especulativo contra el peso, la dolarización se haría unilateralmente, es decir sin un acuerdo previo con los Esta-

dos Unidos. De este modo, el escaso margen de maniobra que tiene el país en materia monetaria desde que se ató las manos con la convertibilidad, se cedería sin contrapartidas a los Estados Unidos. Y lo que es más grave, como éstos no contraerían ningún compromiso con Argentina, su política monetaria no tendría en cuenta a su socio no querido, como sí tiene en cuenta a un estado asociado como Puerto Rico. De modo que sus decisiones en materia monetaria podrían ser, aun sin proponérselo, perjudiciales para la Argentina, como lo serían para el ciclista que se aferró al autobús dejándose llevar, los acelerones o frenazos que el conductor da sin pensar en él.

Que el peso está sobrevaluado, dígalos o no vaya a saber con qué intenciones Soros, es una verdad que admiten todos los expertos, lo que dificulta la colocación de los productos argentinos, comparativamente caros, en el exterior. En lo que también coinciden todos es en que los efectos psicológicos de una devaluación podrían ser catastróficos en un país con una larga tradición inflacionista. Así como lo serían las consecuencias prácticas para los consumidores por el aumento del precio en pesos de los productos y para los tomadores de créditos en dólares, una parte importante de la población, por el de las cuotas de amortización, ante salarios que se mantendrían congelados. De modo que los argentinos de la calle –los que integran los 3,5 millones de hogares con menos de 900 pesos o dólares de ingreso mensual cuando la cesta familiar de subsistencia cuesta 1.000, los 8 millones de trabajadores con retribuciones inferiores a 800 pesos, los jubilados que perciben el mínimo de 150 pesos por mes, los 7 millones de asalariados (50% de la población activa) que cobran en negro, para no hablar de los indigentes a quienes nada les va en cuál sea el costo de la cesta, en si la moneda nacional es el peso o el dólar y en cuánto esté valuado, porque han sido expulsados del sistema económico formal– los argentinos de la calle, a los que parece que se ahorrará el costo de la devaluación, serán sin embargo los que paguen el esfuerzo de mantener el peso sobrevaluado con las penurias de la recesión producida por la caída de la actividad y su secuela de paro, o del recorte del diez por ciento de sus sueldos para recuperar competitividad, como propuso el señor López Murphy, uno de los capitostes del neoliberalismo folklórico, éste militante en las filas de la oposición.



Manolo Prieto: Cartel de Iberia (1952)

BIBLIOTECA

HENRI BEYLE **STENDHAL**
ROMA, NÁPOLES
Y FLORENCIA



TRADUCCIÓN, INTRODUCCIÓN Y NOTAS DE JORGE BERGUA

NARRATIVA CLÁSICOS

EDITORIAL PRE-TEXTOS

Andrés Trapiello y Alfonso Meléndez: Cubierta para la editorial Pre-textos (1919)